

Decires y Andares sobre Mar del Plata. Huellas urbanas en la memoria familiar.

Alvarez, Norberto; Cepeda, Agustina; Pérez, Inés; Rustoyburu, Cecilia; Torricella, Andrea; Vazquez Lorda, Lilia; Valenti, Ariadna.

Cita:

Alvarez, Norberto; Cepeda, Agustina; Pérez, Inés; Rustoyburu, Cecilia; Torricella, Andrea; Vazquez Lorda, Lilia; Valenti, Ariadna (2005). *Decires y Andares sobre Mar del Plata. Huellas urbanas en la memoria familiar. En Pasado y Presente de la Mar del Plata Social. Coloquio I. Mar del Plata (Argentina): EUDEM Editorial de la Universidad de Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/cecilia.rustoyburu/49>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p4zr/zmN>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

1º COLOQUIO

Pasado y Presente de la Mar del Plata Social
Centro Cultural Victoria Ocampo, 19 y 20 de mayo de 2005

Decires y Andares sobre Mar del Plata
Huellas urbanas en la memoria familiar

NORBERTO ÁLVAREZ (dir.)

AGUSTINA CEPEDA - CECILIA RUSTOYBURU - ANDREA TORRICELLA
INÉS PÉREZ - NATALIA ALFONSI - LILIA VÁZQUEZ LORDA - ARIADNA VALENTI

P&T ♦ Programa de Estudios sobre Población y Trabajo - *Equipo Familia*

Facultad de Humanidades – Universidad Nacional de Mar del Plata

e-mail= juandebernal@uolsinectis.com.ar

①

Un decir para comenzar a andar

Con toda intención hemos escogido como punto de partida de este trabajo sobre *andares y decires urbanos* una aproximación literaria a la ciudad o, mejor aún, sobre el mundo urbano. Decía Ítalo Calvino: “*Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son tan sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos*”¹. Será porque entre ciudades reales y ciudades ficticias, ciudades invisibles y ciudades invivibles, grandes megalópolis que uniforman y erigen así a la feroz ciudad de la posmodernidad, está nuestra ciudad, como una “ciudad palimpsesto”, hecha de capas de escritura, tejida por los recuerdos. Unas y otras imágenes precipitan en la memoria del que narra múltiples asociaciones: olores, sonidos familiares, el campo y los suburbios, el mar, las caminatas, salidas y regresos, el retorno a la casa...y dibujan así en la memoria del que escribe la otra ciudad, las otras ciudades. Serán aquí los modos del nombrar los que engendren significados, topografías ficticias, y reinventen la misma, y sin embargo otra, Mar del Plata.

¹ I. Calvino; **Las ciudades invisibles**. Madrid, Siruela, 1990.

La ciudad evocada desde la memoria visual

“... donde no se puede continuar amando se debe ¡pasar de largo!”
Friedrich Nietzsche; **Así habló Zaratustra**. Madrid, Alianza, 1972, pp. 248-251

Así se despedía Zaratustra del “Necio de la Gran Ciudad” dejándole esta enseñanza. Los números inmigratorios hacen sospechar de una ausencia de lecturas de Nietzsche en Mar del Plata o bien que era posible continuar amando. José² fue uno de los que pudo y se quedó.

Y fue una propuesta suya: juntarnos una tarde, ver fotos de su vieja caja, tomadas a lo largo de los años, y practicar la nostalgia. Recordar -volver a pasar por el corazón- y comparar un pasado y un presente de la ciudad. Mucho se ha dicho sobre la capacidad de la fotografía para contar. Su doble condición de instantes descontextualizados del flujo normal del tiempo³ y de testimonios del objeto fotografiado⁴, nos permiten compararlas con el funcionamiento de la memoria: fragmentaria, selectiva y discontinua⁵.

Aquellas fotografías que José nos mostró esa tarde, *artefactos de la memoria*, parecían asegurarlo contra el deterioro del tiempo en una ciudad que nunca ha aprendido el arte de envejecer y conjugar todos sus pasados. El pasado de Mar del Plata parece encontrarse como en un sitio arqueológico. A veces, cuando el mar se lleva un poco de arena pueden verse los restos de aquella, en sus años tan famosa, Rambla Bristol. Pero ese pasado también está presente en quienes fueron sus habitantes y visitantes. Como huellas de distintos recorridos, sus relatos permiten recrear escenarios de vidas marplatenses.

La Rambla Bristol es uno de los más evocados: su “lujo” y sus visitantes son las imágenes que esboza el relato de José, en un contrapunto con las fotografías. Inolvidables recuerdos traen a la mente sensaciones, como el olor a hojaldre a la hora del vermouth (o vermouth) con copetín cuando uno pasaba por las confiterías París o la Madrileña. También el olor salobre de las casillas de madera, donde colgaban mallas de algodón y de lana.

La Playa Bristol, denominada así por estar frente al Hotel Bristol, aparece como el contexto de un sugerente perchero donde colgaban las salidas de baño, unas capas con las que se cubrían las señoras que salían del agua. Pero, por otro lado hay señores vestidos de traje de calle y algunas señoras también con sombrillas protegiéndose del sol para observar a los que se bañaban: ese era el turismo de aquella época. En pocos años, la construcción del Puerto modificó la estructura de las playas, haciendo que el mar ganara territorio a los balnearios hasta casi llegar a la rambla. Este será uno de los motivos de su demolición en la década del '40.

² José es un reconocido fotógrafo de Mar del Plata, quien luego se convertiría en uno de nuestros entrevistados e informantes centrales.

³ Esta es una de las características que S. Sontag le adjudica, entre otras, a la imagen fotográfica. Cuestionando el humanismo fotográfico, duda de la capacidad de la fotografía para comunicar verdad por su misma capacidad de convertir la realidad en algo bello. S. Sontag; **Sobre la fotografía**. Barcelona, Edhasa, 1981, pp. 95-122.

⁴ Esto es la evidencia del “esto ha sido” de R. Barthes. Ver de este autor: **La cámara lúcida. Nota sobre fotografía**. Buenos Aires, Paidós, 2003.

⁵ J. Berger, en un artículo donde propone un uso alternativo de la fotografía a la clásica tesis de S. Sontag, sugiere contextualizar cada fotografía respetando el funcionamiento de la memoria. La memoria funciona en una forma radial (no lineal), con una cantidad enorme de asociaciones que conducen a un mismo acontecimiento. J. Berger; “Usos de la fotografía”, en J. Berger; **Mirar**. Buenos Aires, Ed. De la Flor, 1998.

Allá a lo lejos y en soledad estaba el Faro, imagen contrastante con la popularidad de esas playas en la actualidad. Para llegar -previo aviso vía telégrafo al farero- había que ir en carreta con caballos a través de unos caminos de arena repletos de cardos.

En las fotos también aparece el Torreón, construido en el año 1904. Donado por Don Ernesto Tornquist para que funcionara una confitería, en 1929 fue sede de un Club de Tiro a la Paloma. Más tarde, cuando se prohibió la matanza de palomas, volvió a ser -hasta el día de hoy- una confitería. José recuerda hasta tres nombres de ella: El Beldebere, Torre Pueyrredón y Torreón del Monje.

En el viejo paseo General Paz (desde el Torreón hasta la Avenida Luro) hubo un lago artificial, también cisnes, patos, canchas de tenis, caminos de polvo de ladrillo. El verde del césped, los canteros llenos de flores y el lago hacían que *todo quedase grabado para siempre en las retinas*. Desde esta zona costera hacia la calle Corrientes, lucían los famosos *chalets* de la burguesía porteña que veraneaba en Mar del Plata.

Imágenes y recuerdos, rastros de aquel mundo que había cambiado y seguía cambiando. Un mundo diferente del que vivió y rememora su hija, un mundo diferente del que construye la cotidianeidad de su nieto.

③

Anotaciones preliminares necesarias

Nos fuimos introduciendo al artículo y, por ende, al mundo urbano marplatense con la mirada nostálgica de José, uno de nuestros sujetos centrales. Son perceptibles sus sensaciones del espacio urbano no como algo neutral o inocente, sino como escenario vital de las acciones de sus habitantes.

Queremos contar las mutaciones, la reinención de Mar del Plata desde las experiencias, desde la memoria, de algunas de sus gentes. El observatorio familiar y la perspectiva generacional nos pareció un posicionamiento atractivo, teniendo en cuenta algunas viejas disputas historiográficas.

El individuo de la modernidad tardía habría ido requiriendo de la familia aquellas cosas que la sociedad le fue negando por desidia u hostilidad. Ante el deterioro de las formas urbanas de sociabilidad, la familia habría ocupado un lugar sobredimensionado en la vida de las personas. Un contencioso vínculo entre familia y ciudad era el escenario que planteaba, hace casi treinta años, Ph. Ariès en un polémico artículo⁶. En una dirección concordante, pero matizada, Ch. Lasch caracterizaba a la familia como el *refugio* ante un *mundo público* despiadado⁷. Esas pugnas trasuntaban con cierta nitidez la concepción dicotómica entre lo privado y lo público que predominaba en la teoría social hasta tiempos recientes⁸.

Teniendo como trasfondo de discusión aquella llamativa hipótesis de Ariès, queremos en este artículo enlazar esos dos ámbitos de análisis: la ciudad y la familia. La idea es renegar de las posturas que ven a estos dos espacios como dos realidades aisladas o paralelas. Esto es, una ciudad

⁶ P. Ariès; *The family and the city* en **Daedalus**, vol. 106, N° 2, 1977.

⁷ C. Lasch; **Refugio en un mundo despiadado**. Barcelona, Gedisa, 1996 (original en inglés de 1979).

⁸ Una crítica al uso rígidamente polarizado de las nociones público-privado ya se podía encontrar en E. Zaretsky; **Familia y vida personal en la sociedad capitalista**. Barcelona, Anagrama, 1978. Un

que se transformaría al ritmo de los cambios políticos y un mundo familiar mero reflejo de las mutaciones sociales. La propuesta es doble: pensar a los sujetos como actores de su realidad familiar y ver a la ciudad, no como un lugar observable desde lo alto, como un todo aprehensible a la mirada del cientista social, sino como resultado de usos y apropiaciones de ese espacio por los sujetos en sus andares cotidianos.

A través de los relatos de tres generaciones de dos sagas familiares, hemos intentado componer una Mar del Plata configurada a través de las prácticas, ajenas al espacio abstracto⁹ de las construcciones visuales, panópticas o teóricas¹⁰.

Trabajamos sobre los testimonios de dos grupos familiares arribados a la ciudad en distintos momentos, con muy disímiles trayectorias laborales y sociales. Elegimos a un miembro de cada una de las tres últimas generaciones, tratando de matizar la mirada de género y la cuestión etaria.

Las dos sagas familiares escogidas son casos *tipos/típicos* de la clase media urbana fundadas en esquemas familiares tradicionales. Sin embargo, son casos *tipos/típicos* que construyen estereotipos más complejos sobre sí mismos. A pesar de reconstruir narraciones familiares basadas en relatos modélicos, el mismo acto de narrar, de contar, complejiza las miradas sobre estos sujetos familiares cuando hablan de sí mismos, de su mundo urbano y de la ciudad¹¹.

Las familias fueron elegidas dentro de un universo posible porque cumplían algunos requisitos que queríamos discutir: familias con más de 60 años en Mar del Plata (asentadas antes del turismo social); con primeras generaciones encabezadas por distintos géneros con roles rígidos (públicos y privados) que se modifican con el paso del tiempo (en las siguientes generaciones), pertenecientes a una clase media que hace suya las ideas del ascenso a través de la profesionalización, cuyos mitos fundantes nacen como asentamientos en una ciudad que le ofrecerá nuevas oportunidades. En cada una de las familias analizadas el cambio generacional no es conflictivo ni de ruptura total, sino que por el contrario, son puentes que vinculan tiempos, espacios y experiencias.

Además se constituyen (cada una de ellas) en dos formas posibles de interpretar la vinculación entre el relato familiar y el relato urbano. Mientras que una familia reconoce la ciudad desde una mirada ajena (que coincide con las formas en que relatan sus propias memorias familiares y urbanas), la otra saga familiar invade la ciudad con su memoria, la reconstruye en función de las representaciones que tiene de sí misma; inventa una ciudad a su medida, con sus fronteras, con su historia. La lejanía y la cercanía, (aquí, allá) quedan así determinadas por la construcción del *relato* que la memoria familiar hace del espacio urbano. Las fronteras entre lo

planteamiento cuestionador clásico está en A. Prost; *Fronteras y espacios de lo privado* en P. Ariès y G. Duby; **Historia de la vida privada**. Madrid, Taurus, 1991, tomo V.

⁹ Tomamos el concepto de espacio abstracto de Rafael Iglesia, que lo define por contraposición al de espacio vivido. Para explicar esta dicotomía recurre a la construcción del par *hábitat/ habitante*: “Hay dos unidades diferentes y a veces disociadas: el habitante (rodeado) y el hábitat (circundante). En algunos casos (Norberg-Schulz), se habla de una oposición entre habitante y lugar habitado. Por el contrario, *espacio vivido* acentúa la relación del hombre con su hábitat ‘en un flujo de experiencias que se implican y explican una a otra lo mismo en los simultáneo que en la sucesión’”. Iglesia, R.; “Introducción al estudio del espacio vivido doméstico”, material preparado para la Carrera de Especialización en Historia y Crítica de la Arquitectura, Escuela de Posgrado, Subsecretaría de Posgrado, Secretaría Académica, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad Nacional de Buenos Aires, 2004. p. 6.

¹⁰ M. de Certeau; **La invención de lo cotidiano. Tomo I: Artes de hacer**, cap VII: “*Andares de la ciudad*”. México, Universidad Iberoamericana, 1996.

público y lo privado, se desdibujan en ambas sagas, pero adquieren en cada una de ellas una forma precisa de relación: una caracterizada por el “acto de hacer memoria”, de recordar y construir un relato nuevo, nunca antes pensado, nunca antes ensayado, con relaciones cautas respecto al espacio de la ciudad y la otra caracterizada por la apropiación de la historia de la ciudad para que forme parte de la memoria familiar.

El primer grupo se origina en dos familias italianas que, provenientes de Italia (previo paso por Buenos Aires de una de ellas), llegan a Mar del Plata hacia los años '30, en típicas experiencias inmigratorias. Se instalan en los márgenes urbanos del todavía tranquilo balneario. Luego de conocerse en el Piso de Deportes, donde trabajaban, dos hijos de aquellas familias, Bianca y Pablo, se casan, tienen tres hijos (dos mujeres y un varón) y seis nietos (cinco mujeres y un varón). Todos los miembros adultos recibieron formación universitaria y el conjunto ha transitado una curva social “ascendente”. De este grupo familiar hemos escogido para ejecutar nuestro trabajo a Bianca (82), a su hija Silvia (49) y a su nieta Victoria (27). Bianca ha sido casera, cocinera, maestra de cocina, entre muchas otras cosas. Silvia es docente universitaria. Victoria ejerce la profesión que le otorga su reciente título de abogada.

El segundo grupo eran veraneantes porteños muy acomodados, con casa propia, de los años '30-40. El fallecimiento del padre y la debacle económica que le sucedió, indujeron a la familia de José a instalarse en Mar del Plata. En un verano conoció a Ana y se casaron hacia 1954, tuvieron dos hijas y cuatro nietos (tres varones y una mujer). De esta segunda saga propusimos como interlocutores para el artículo a José (79), a su hija Marcela (49) y a su nieto Jerónimo (21). José comenzó a trabajar como cartero para Correos y Telégrafos de la República Argentina hasta que un accidente lo obligó a realizar tareas administrativas. Sin resignarse, sus inquietudes le llevaron a aprender la profesión de fotógrafo y adquirir importante reconocimiento en la ciudad. Marcela se ha especializado en organización de eventos y en tareas administrativas. Jerónimo es estudiante y aspira a convertirse en piloto de la Fuerza Aérea.

Hace largo tiempo, afirmaba Renate Schütz que “*las ciudades hacen a la gente*”; más allá del contexto de tal afirmación, descreemos y pretendemos postular la idea contraria: la ciudad es sólo un sitio. En cambio sostenemos que el mundo urbano es algo más parecido a una ciudad “fugaz”, una forma radical de espacio social, escenario y producto de lo colectivo haciéndose permanentemente a sí mismo¹². El espacio urbano no es sólo un plano y un presupuesto, no es algo preexistente a las prácticas sociales. Es un trabajo, una producción o, mejor aún, una coproducción¹³. Así concebiremos a nuestro gran escenario histórico: Mar del Plata.

Hemos tratado de componer un texto urbano diferente. Desde los decires que produce la memoria, las familias nos narran sus andares, sus prácticas y el uso de los espacios que contenían su cotidianeidad. Esas maneras de vivir y habitar son recuperadas a través de los distintos movimientos que la *familia* ensaya sobre el escenario urbano. A lo largo del artículo hemos acompañado a las familias en un recorrido de ida y vuelta desde el “aquí” hacia el “allá”, desde la inmediatez temporal y espacial hacia los tiempos y lugares de la memoria.

Sostendremos en el texto que la diferenciación entre el espacio íntimo, el exterior y el público no está determinada por las condiciones físicas sino por la carga de significados que

¹¹ Un interesante análisis metodológico de las narraciones familiares ver en: K. Langellier y E. Pettersom; “*Las historias de la familia como estrategia de control social*” en **Narrativa y control social. Perspectivas críticas**. Buenos Aires, Amorrortu, 1997.

¹² M. Delgado; “*De la ciudad concebida a la ciudad practicada*” en **Archipiélago N° 62**, Madrid, 2004.

¹³ I. Joseph; **Erving Goffman y la microsociología**. Barcelona, Gedisa, 1999.

refieren las prácticas de los sujetos que “andan y des-andan” los rincones de la ciudad. Los significados no son inherentes a la organización del espacio, sea doméstico o público, sino que deben invocarse a través de las prácticas de los actores sociales, son ellos quienes los llenan de contenido.

Hacia el final volveremos tangencialmente sobre las ideas de P. Ariès, para buscar matices respecto del tono contundente del antagonismo. Postulamos una relación biunívoca entre ambos términos del par ciudad-familia. Nos cuesta concebir una ciudad externa a los habitantes y a la reinención de ella desde las prácticas cotidianas.

④

Aquí, acá, mi mundo: del lado de acá y del lado de allá

Acá: adverbio de lugar. Indica lugar menos circunscripto o determinado que el que se denota con el adverbio aquí. Denota tiempo presente.

Allá: adverbio de lugar. Indica lugar menos circunscripto que el que se denota con Allí. Tan allá, más allá, muy allá. Procediendo a nombres significativos de lugar, denota lejanía. Denota tiempo lejano o pasado.

El espacio de la casa contiene distintos conceptos de tiempo que pueden traducirse en percepciones diferenciadas del presente y del pasado, en las que la descripción del espacio se asocia al tiempo vivido.

Casa uno. Un recibidor inundado de muebles, mesas para el té, sillones con almohadones y muñecos. En la pared donde está la ventana que da a la calle, una centena de platos de varios colores, tamaños y formas asfixian el ambiente. Fotos de familia. Un marinerito de siete años en la puerta de una casa de fotografía de la rambla. José con sus hijas, sus nietos, sus yernos y su mujer en la costa de Playa Grande tomando mate un día de viento.

Casa dos: La entrada a la casa es por la cocina. Es la habitación más importante de la casa y la más pequeña. Una puerta absurda a la altura de un primer piso sin escalera (cuyas huellas quedaron en la pared). Bianca se mueve tranquila en *su* espacio, la cocina luminosa, de paredes claritas y ventanas al patio.

El espacio interior, identificado con la casa, no es sólo el espacio donde tienen lugar las tareas denominadas reproductivas. El deseo de intimidad¹⁴ y la sensación de que ciertas acciones son más propias para realizarlas en la *morada* son parte de la construcción moderna de la idea de privacidad¹⁵. La interioridad de un espacio está en relación con aquellas actividades que en una

¹⁴ Preferimos el concepto de intimidad al de privacidad porque mientras el segundo sólo tiene sentido por oposición al mundo público —así lo decía un especialista como Antoine Prost— el primero puede vivirse como privado o manifestarse como público, dependiendo del período histórico. Para una discusión sobre los conceptos de privacidad e intimidad véanse: A. Prost, **op. cit.** H. Béjar, **El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad**. Madrid, Alianza, 1995.

¹⁵ La privacidad adquiere un carácter particular en las sociedades modernas. En este sentido, la ideología liberal que, si bien tenía como noción central la privacidad en su acepción “negativa”: privacidad respecto de la intrusión de los otros, distanciamiento de lo público, de la sociedad, del poder; también apelaba a la razón y al desarrollo. Es decir que la teoría liberal “positiviza” la noción de privacidad, convirtiéndola - como diría Stuart Mill- en el espacio donde se urde un plan de vida que tiene por objeto el control de sí y del medio exterior. Tanto el liberalismo, y con mayor énfasis el marxismo, hicieron de la acción política un valor moral, que iba acorde con los ideales de progreso y superación de la humanidad.

De esta forma la modernidad construyó, al menos en el imaginario, un puente entre lo público y lo privado (que sin embargo funcionaba con una estricta división de roles de género), un sólido entrelazamiento entre familia y sociedad, porque si bien la privacidad surge como un valor individual, se concreta en el recinto familiar, donde se está al abrigo de los peligros del mundo exterior. La familia se convirtió a partir de

cultura se identifican con aspectos propios de la vida privada: el cuidado del cuerpo, la experiencia de la vida sexual y de la vida reproductiva, la elaboración de la comida, la vida familiar, las experiencias de socialización, son algunas de las que aparecen con más frecuencia.

Casa tres. Una enredadera no deja ver el número de la casa de Marcela y Jerónimo. Una puerta de madera y el olor a eucaliptos dan la bienvenida a su morada. El living combina los colores blancos, marrón y pasteles en los muebles de estilo rústico. Un pasillo iluminado comunica a todos los ambientes: un living, un salón de comedor diario, la escalera que conduce a los dormitorios y finalmente a la cocina. En la pared más grande, arriba del horno y bordeando el extractor un vicio que repite la “tabla de obsesiones” materna: una centena de cucharas de madera de distintas formas y tamaños tapizan el ambiente.

El cuarto de Jerónimo también se impregna de obsesiones. Su habitación simula ser un búnker: balas de alto calibre, bombas detonadas, réplicas de aviones militares, brújulas, condecoraciones, un casco de aviador, banderas argentinas, imágenes de las Islas Malvinas y fotos de proezas de Jerónimo nos sumergen en el mundo de un joven que sueña con convertirse en un piloto de la Fuerza Aérea.

El espacio interior obliga a repensar y definir las otras perspectivas espaciales. ¿Lo interior se asume como lo privado y lo exterior como lo público? ¿Lo interior es lo cerrado y lo exterior lo abierto?.

Casa cuatro. El estudio ubicado en el primer piso tiene olor y color a recién estrenado. La casa de Silvia es grande, con muebles antiguos seleccionados cuidadosamente. Un estilo rústico ambienta cada cuarto. Un parque lleno de árboles frutales la distinguen del resto.

Casa cinco. Una oficina atestada de cajas y carpetas, con poca luz de sol, es donde Marcela se recluye durante cuatro horas al día. Una pequeña mesita cubierta de expedientes y una silla es todo lo que cabe en este cuarto que huele a encierro, una pila de cartones no permite abrir la ventana.

Casa seis. Un estudio de abogados es la morada de la entrevista a la nieta de Victoria, al lado del negocio de su mamá. En la oficina un escritorio de madera macizo ordena el ambiente. En la pared de atrás, cuelgan los certificados y el título de abogada. Adornos plateados perfectamente lustrados. Una sala de espera chiquita.

Las casas cinco y seis son espacios no domésticos. *Aquí* no hay casa.

En los relatos de nuestras familias el *acá* y el *allá* se refieren al espacio interior, íntimo y privado en distintos tiempos.

Acá es el departamento donde viven José y Ana, en una zona residencial del centro de la ciudad. Se reubicaron después de vivir 40 años en la misma casa, con la excusa de “tener todo más cerca”. En 1992, las hijas se habían casado y se habían mudado, habían fallecido la mamá de Ana y la perra de la familia, la casa perdió vida, se *convirtió en un museo*. Entonces venden *la casa de la familia* para instalarse en un espacio más chico y más cómodo. José reconoce la zona por los recorridos propios de su actividad profesional y por su mirada histórica sobre el desarrollo de la ciudad. Los tres espacios habitados por la familia de José (Matheu y San Luis; Tucumán y Formosa; Falucho y Mitre) son conocidos por él antes de que tuvieran la forma actual. Es decir, José *reconoce* el paso del tiempo y la construcción-transformación de Mar del Plata en ciudad.

entonces en el espacio de la vida privada por excelencia, y a raíz de ello se erigió también en un valor social. La familia y la sociedad parecían encontrar así un equilibrio. Para profundizar sobre esta cuestión, y su transformación reciente, ver: A. Giddens; **La transformación de la intimidad. Sensualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas**. Madrid, Cátedra, 1995.

Acá es la cocina donde Bianca se siente Dueña. Una ventana grande en la sala de estar comunica el pasillo lleno de plantas con la casa de su otra hija. En las paredes hay fotos y un diploma de la Comunidad Italiana en Mar del Plata. Bianca vive atrás de la casa de su hija, repitiendo de alguna manera una práctica familiar: cuando ella recién se caso sus padres vivieron un tiempo atrás de su casa. *Allá* quedó el tiempo de las mudanzas de Bianca: de Colón y Falucho a Entre Ríos y Falucho, donde vivió 27 años con sus padres, hermanos y abuela. *Allá* son las casas en las cuales vivió de casada: en Entre Ríos y Gascón, donde vivían como caseros y el regreso al hogar paterno en Peña y Alvear. Los andares de su vida conyugal, comunicaban a Bianca al espacio exterior, trazando puentes circunstanciales que reforzaban las vivencias del espacio íntimo. *Allá* es también la casa de la infancia que Silvia recuerda cerrada a los vecinos y a los extraños, con puertas con llaves a partir de los 60', abierta a los compañeros de la facultad y cerrada a los posibles secuestradores durante la última dictadura militar.

Acá es la casa de Silvia en el Barrio Montemar, alejada de los avatares de la ciudad turística, pero donde lo imprescindible le resulta accesible. La casa se cierra, se aísla del espacio público.

Muchos trabajos en Ciencias Sociales han analizado el tejido de relaciones sociales que se producen en el espacio del barrio; las relaciones de solidaridad, cooperativismo y cercanía con los vecinos, otros analizan el espacio del "Hogar" como un elemento conector con el espacio público de la vida familiar¹⁶.

En cada una de las sagas familiares, la casa adquiere, tanto como nexos con el mundo público como espacio de la memoria, distintos significados.

José abrió las puertas para ir a jugar. En su familia, las dimensiones de la morada incorporaron el espacio público y masculino. La casa *se entiende* con el espacio circundante....lo habita, lo gobierna, lo vigila. Ana, no necesitaba abrir las puertas para ir a jugar. *Allá* en Buenos Aires vivía en una casa rodeada del resto de los parientes, todos habitaban en la misma manzana, se comunicaban en un jardín común. En la memoria de Marcela, en cada una de esas casas (que era una sola casa grande) la esperaba una sorpresa: un caramelera llena de caramelos *Suchards ácidos* en lo de los abuelos, un cajón de *cococa* en lo de los primos de mamá.

Allá para Bianca, su hermana y su mamá, era el campo. Cuando llegaron a Mar del Plata decidieron no vivir en la casa que había construido su papá en Alvear al 3400 porque *quedaba en el campo*. Ellas preferían vivir en la ciudad, en Colón y Viamonte. Para Marcela *allá* estaban sus casas en el Barrio Punta Mogotes y en el Barrio Estrada, su negocio familiar y el jardín de Jerónimo quedaban en el centro. Hoy ese *allá* es *aquí*.

¹⁶ En la literatura nacional la relación entre la ciudad y la vivienda ha estado presente desde los ya clásicos trabajos de Oscar Yujnovsky, Francis Korn y Lidia de la Torre. Ver: O. Yujnovsky, "*Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914*", **Desarrollo Económico** N° 54, Buenos Aires, julio-septiembre 1975; F. Korn y L. De la Torre; "*La vivienda en Buenos Aires 1887-1914*", **Desarrollo Económico** N° 98, Bs. As., julio-septiembre 1985. En el debate encarnado por estas figuras podemos identificar la visión clásica de esta relación, en la que las problemáticas referida a la familia y a las prácticas de sociabilidad no tenían asidero. Más recientemente, los trabajos de Sandra Gayol y Rosa Aboy, tratando diferentes períodos pero haciendo foco en la ciudad de Buenos Aires, han establecido una relación entre familia, vivienda y barrio: cuanto menores son las dimensiones de los ambientes, mayor es la sociabilidad extra hogareña que sus habitantes desarrollan. Ver: S. Gayol, "*Conversaciones y desafíos en los cafés de Buenos Aires (1870-1910)*" en F. Devoto y M. Madero; **Historia de la vida privada en Argentina. La Argentina plural (1870-1930)**. Bs. As. Taurus, 1999; R. Aboy, **Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955**. Bs. As. FCE – Universidad de San Andrés, 2005. Esta relación había sido tratada anteriormente en A. Ballent; "*La iglesia y la vida popular: la Gran Colecta Nacional de 1919*"; en D. Armus (comp), **Mundo urbano y cultura popular**, Bs. As., 1990.

Allá, en los veranos pasados, quedó la casita de Sierras de los Padres de la suegra de una tía de Marcela, con pileta y luz sólo hasta las 12 de la noche. *Allá* mudaban una casa en colectivo, *allá* vivían una “aventura familiar” donde todos trabajaban para limpiar esa casita en la que disfrutarían las vacaciones. *Allá*, en la infancia y adolescencia, Marcela monta y desmonta casas de temporada donde la abuela cocinaba papas fritas a escondidas de mamá Ana. Marcela guarda con mamá minuciosamente cada uno de los artefactos del hogar. La casa se muda. Cuando llega el verano, bajan del entretecho “*la casa para los huéspedes*”. De cajas claramente rotuladas salen los platos, manteles y sábanas de verano para los inquilinos. La casa se alquilaba para poder recaudar el dinero necesario para pagar el crédito del Banco Hipotecario¹⁷. La casa se muda, entonces a un departamento barato con paredes calientes por la vecindad del horno panadero en tiempos de José o a alguna pieza barata en tiempos de Bianca.

Las primeras y segundas generaciones viven el espacio doméstico como un espacio cruzado por los tiempos económicos de la ciudad: en temporada la mudanza. En invierno, la vuelta a la normalidad y a la cotidianeidad.

En la *belle époque*, José llegaba a Mar del Plata *Sur* con sus papás y su hermana mayor, todos “emperifollados”, rodeados de sirvientes y bienes suntuosos en un tren que parecía un hotel. Allí los esperaba su chofer en un mateo y los trasladaba a una de sus propiedades, en Gascón y Lamadrid. Las villas de la Avenida Colón identificadas con elegantes apellidos, eran el escenario donde jugaban con su hermana con los patines “Unión”. El verano para José era alegre. En invierno, la ciudad era triste, las casas se tapiaban, no había vida, se iban los visitantes.

Mientras tanto, en el mismo invierno Bianca y su familia se apropiaban de la ciudad dormida. Ella con sus padres, y luego con su esposo y sus hijos fueron caseros de algunas de esas villas, primero vivió en Colón y Viamonte, luego en Entre Ríos y Falucho y más tarde en Entre Ríos y Gascón. Durante el invierno, los grandes chalet eran su casa, *allá* el papá de Silvia cuidaba las plantas de esos jardines donde los árboles eran refugio de las casitas de los chicos. El barrio mutaba, se convertía en una vecindad de inmigrantes, las barreras idiomáticas aislaban a los adultos pero no a los más pequeños que inundaban los parques y los potreros. Ésta era la cotidianeidad, que se veía interrumpida por la llegada de los extraños: los propietarios. Bianca y su familia preferían ser caseros y alquilar *su casa propia*.

Los avatares económicos también han condicionado las mudanzas de José. *Allá* vendió el departamento que le había prestado su hermana cuando se casó, compró un terreno en un buen lugar de la ciudad, solicitó un crédito en el Banco Hipotecario y construyó la casa de la familia. Ahí nacieron, crecieron y se casaron sus hijas, envejeció y falleció su suegra, crecieron y jugaron los nietos y la perra Candy. Luego, “tomaron una decisión salomónica”: la vendieron; con el dinero compraron un departamento y se fueron de viaje dos meses y medio a Europa.

Estos avatares económicos, las enfermedades de los ancianos, los deseos de vivir en familia o las aspiraciones de los parientes de disfrutar de unas vacaciones en Mar del Plata, muchas veces fueron la excusa para recibir a algún familiar en la casa. Las puertas del hogar de Bianca y de José se abrían en verano para recibir a los cuñados y los sobrinos porteños que querían disfrutar de la

¹⁷ José accede al crédito hipotecario en 1954. Estas posibilidades, producto de las políticas de vivienda implementadas por el peronismo, se centraron fundamentalmente en la acción del Banco Hipotecario Nacional. Para profundizar sobre este tema ver: A. Ballent; “*Vivienda de interés social*” en J. Liernur y F. Aliata; **Diccionario histórico de arquitectura, hábitat y urbanismo en Argentina**. Buenos Aires, Proyecto Editorial, 1992. A. Ballent; “*La “casa para todos”*: vivienda y cultura doméstica en Argentina, 1880 – 1945” en S. Calvo y otros (comp.); **Retratos de familia ... en la escuela. Enfoques disciplinares y propuestas de enseñanza**. Buenos Aires, Paidós. 1998.

playa. Años más tarde las casas se agrandaron para recibir a los abuelos, José aceptó convivir con su suegra y Bianca vive en la misma parcela que su hija. Jerónimo y Victoria disfrutaron de la compañía de sus tíos durante el tiempo en que se agregaron a su núcleo familiar. Entonces, la vivienda unifamiliar no fue, en estos casos, sinónimo de aislamiento¹⁸. El individualismo reinante en la modernidad no logró minar, ni desestabilizar los vínculos afectivos de estas familias.

Tal vez por eso, las últimas generaciones de nuestras sagas sólo conocen *una* casa. No han sufrido mudanzas, ni siquiera en los tiempos de verano. La estabilidad de vivir siempre en el mismo lugar no se tradujo, sin embargo, en una mayor complejidad de las relaciones con el entorno inmediato. La casa es un refugio, es un espacio reconocido y estable, asociado a la vida familiar. Jerónimo define a su familia a partir de su casa, a pesar de que su padre y su hermana han migrado temporalmente, sus abuelos forman parte de su familia porque con ellos también comparten la casa. Todos festejan Navidad *acá*, en la casa de la familia. *Allá* en otras casas, dice sentirse ajeno: cuando visita a sus primos en un country en Buenos Aires, el estilo de vida lujoso y los vínculos de una familia ensamblada lo hacen sentir incómodo. Las generaciones más jóvenes no reflexionan sobre el espacio cotidiano e inmedito. La casa ya no camina, no se mueve, define los lados seguros del universo de la infancia y de la adolescencia para Jerónimo y Victoria.

En la infancia de Jerónimo, Marcela lo miraba desde la ventana de su comedor jugar en el terreno baldío “*de al lado*”. Las ventanas vigilaban la “carpa de indios” de los chicos. La puerta de la cocina estaba abierta a la colonización de una *troupe* de niños disfrazados. El limes con los “otros” era un desmantelado alambre por el cual Marcela contrabandeaba litros de chocolatada fría. La casa tiene extremidades y anexos fuera de su frontera. La casa tiene dominios que empiezan *Aquí* y terminan *Allá*, donde llega la vista.

El espacio de la “morada”, el hogar, teje puentes y conexiones de cada uno de los miembros de nuestras familias con el espacio de la ciudad. Pero la *ciudad* es antes el *barrio*.

⑤

De otros lados: públicos y externos

Aquí: adverbio de lugar. En este lugar, a este lugar. En correlación con allí suele designar sitio o lugar indeterminado.

• El barrio

Pierre Mayor define al barrio como un sitio de pasaje de un lugar a otro, un espacio paradójico: esta lejos del *centro*, del hogar, pero a la vez es estable y reconocible¹⁹. No es un lugar íntimo pero tampoco es anónimo por ello la marca de ingreso es el rótulo de *vecino*²⁰.

Nuestros entrevistados se mueven por barrios con características similares. Barrios de clase media, con gran número de vecinos propietarios, rodeados de comercios pequeños y escuelas. Ninguno de ellos tiene el identikit del “barrio obrero”, quizás esto explica la educación privada, las

¹⁸ Existe una tendencia, muy arraigada entre los científicos sociales, que explica la multiplicación de las viviendas unifamiliares como parte del proceso de modernización, el cual también implica un aislamiento y una nuclearización de la familia. En Argentina, referentes claros de esta tendencia son: G. Germani; **Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas.** cap. X. Buenos Aires, Paidós, 1971. S. Torrado; **Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000).** Buenos Aires. Ediciones de la Flor. 2003.

¹⁹ Pierre Mayor; “*Habitar*” en M. de Certeau; **op.cit.**

²⁰ Para pensar como se establecen las relaciones entre los convivientes, ver: Pierre Mayor: “*La convivencia*” en M. de Certeau; **Op. cit.**

zonas privilegiadas para la socialización y la recreación familiar elegidas por las sagas y las practicas del consumo. Las primeras generaciones definieron sus barrios sin respetar los mapas de la ciudad. José y Ana cuentan que por las mañanas veían pasear con antejos de sol a “Victoria”²¹ por la loma de la calle Tucumán. Esta referencia a un personaje de la elite intelectual nacional, es utilizada por Ana como una forma de identificar y cargar de significado la “zona” que ellos también habitaban.

El barrio para Bianca en cambio, es una exteriorización de sus tareas como ama de casa: llevar los chicos a la escuela, comprar en el almacén del turco, charlar con los vecinos, hacer los mandados en la carnicería²². En otros tiempos, Bianca convivió con los chicos de la elite de las casas circundantes a Colón y Viamonte, escuchó decires *cocoliches* de vecinos italianos, planeó tardes enteras de juegos en los espacios todavía libres de una ciudad en crecimiento.

Marcela recuerda su casa y el barrio de la infancia, San Luis entre Avellaneda y San Lorenzo, asociados a un tiempo feliz, a juegos con vecinos y amigos. En sus primeros años de matrimonio el barrio era un espacio de construcción de fuertes redes de solidaridad y amigos: las fiestas de disfraces con sus amigos suizos, la ayuda constante cuando Jerónimo estuvo internado un mes por una fractura o el cuidado de los chicos por alguna vecina con la cual compartía la maternidad. Estas relaciones de solidaridad o de cercanía no se alejan más que una o dos cuadras, la frontera que coincide en los relatos como límite del territorio barrial.

Silvia siente su barrio como ajeno. Establece con él una relación distante y utilitarista: la zona donde vive le brinda lo que ella necesita. Un barrio pensado como confortable, lejos de tejidos interpersonales y charlas barriendo la vereda.

Para las terceras generaciones el barrio es un espacio de juegos²³. Jerónimo recuerda haber vendido frutas, robadas a su madre, en la puerta de su casa junto con su amigo Juan. El mismo *dúo* recorrió en aventuras de alto riesgo toda la zona de constitución en bicicleta pasando el arroyo La Tapera, cargando provisiones en termos con té caliente. Jerónimo evoca y extraña aquel barrio tan cercano, tan confiable. Añora al “vecino de enfrente” que le presto la pileta de natación durante muchas temporadas de verano, extraña los terrenos baldíos, los torneos de “fuchi” y los asados con los vecinos.

Victoria sin embargo, circunscribe su barrio a la puerta de su casa. Los juegos y las aventuras quedan atados al cordón de la vereda.

En la adolescencia, la incorporación de la movilidad permite más autonomía y otras lógicas de decisiones sobre el “*espacio vivido*”. El barrio se abandona a su suerte, aparece como desconocido y peligroso.

El barrio inscribe a los sujetos no sólo en una red social sino también en una representación simbólica en función del espacio “*habitado y vivido*”. Cada familia y cada sujeto familiar tiene sus propias dinámicas de apropiación del espacio público. Es en este mismo espacio donde la división

²¹ Ana y José hacen clara referencia a los paseos matutinos de Victoria Ocampo por las zonas circundantes a su casa en Matheu y Arenales.

²² H. Lefebvre; **Women in cities. Gender and the urban environment**, Macmillan, London, 1980.

²³ M. De Certeau afirma que el *espacio* es un *lugar* practicado, un ámbito al que el sujeto le imprime su propio sello a partir de la dinamicidad que le confiere, de las relaciones de acuerdo y conflicto que establece con los otros. El *espacio* tiene a diferencia del *lugar*, la característica del movimiento y por lo tanto en él es condición inherente el tiempo. Ver M. De Certau; **op. cit.** Tomo I: Artes de hacer, Cap. IX: *Relatos de espacios*; p.129-130.

entre las nociones de público, privado y externo²⁴ adquieren nuevas significaciones y nuevas relaciones entre sí.

Bianca se apropia del barrio desde su rol de ama de casa, teje *espacios puentes*²⁵, circunstanciales, que refuerzan sus actividades al interior del hogar²⁶. Silvia se apropia del espacio utilitariamente. Victoria no re-conoce el barrio²⁷.

En la familia de José el barrio cruza las calles y juega en las veredas, tiene vecinos macanudos, tráfugas y sospechosos. Los límites de la casa, como señalábamos antes, cruzan puertas y ventanas, invitan al barrio a comer, a charlar, a pasear, a cuidar los chicos o hacer fiestas. El barrio es gente vecina y movimiento²⁸.

En ninguna de nuestras familias la apropiación del espacio del barrio es política. No hay marchas ni Sociedades de Fomento, no relatan contacto alguno con organizaciones barriales o Clubes tan características de la Argentina moderna²⁹. Muy por el contrario, estas familias de clase media privatizan³⁰ el espacio barrial a través de dos prácticas: el consumo y las relaciones de amistad con los vecinos. Las relaciones con estos últimos están basadas en un tipo particular de solidaridad, la doméstica.

Mapa de la cultura popular y de la cultura ordinaria, el barrio es la frontera con el *centro*, con lo cercano y lo lejano³¹. Es también, junto a la casa, el lugar donde se vive, un espacio público interior y conocido, de intercambio con los que “no son anónimos”, con los *próximos cercanos* que comparten más que paredes y medianeras.

Los procesos de mudanza significaban para Bianca un desarraigo de la casa y de su barrio. Los límites entre un espacio y el otro dialogan, a veces sin quererlo, constantemente. Nuestras coordenadas espaciales cotidianas absorben el lenguaje barrial: *se vive a media cuadra de la “casita de rejas”, en la esquina, enfrente a “lo de Roberto”, al lado de María, a la vuelta del supermercado, en la otra cuadra de la carnicería, pegadito al almacén, a metros del taller, enfrente de la plaza*. Las familias viven en barrios que han definido más allá de nomencladores municipales y mapas de cartografía modernas: viven cerca de alguien, comparten calles y almacenes. Eso basta para ellos para delimitar las fronteras.

²⁴ Teresa del Valle plantea que la apropiación por parte de los sujetos de los espacios públicos, en especial de las mujeres, puede ser mejor definida como la apropiación de los espacios externos, aquellos que poseen una carga simbólica particular. En Teresa del Valle, “*El espacio y el tiempo en las relaciones de género*” en **Kairos**, Año 1 N° 1. F. Sánchez Pérez; **La liturgia del espacio**, Madrid, Nerea, 1990, pp.71-76.

²⁵ Los espacios puente ofrecen unas características diferenciadas de los espacios interiores, exteriores y públicos. Tienen cierto anclaje en los interiores y en los públicos, pero su objetivo principal está en ser apoyaduras del cambio; desaparecerán una vez que se hayan cumplido sus objetivos. Mientras que los espacios interiores y los públicos pueden actuar como referencias estables, los espacios puente son circunstanciales. Se presupone que las experiencias en cada uno de ellos aparecen de forma clara para las personas que construyen y tienen estos espacios. No vale pensar que el espacio interior es a su vez público, porque las personas que en ellos están pueden acceder de forma indirecta a ocupar espacios al otro lado del puente. Ver: T. del Valle; **op. cit.**

²⁶ D. Hayden; “*What would a non-sexist city be like? Speculations on housing, urban design, and human work*” en **Signs, Journal of women in culture and society**, vol.5, núm.3, p.170.

²⁷ A. García Martínez, et al.; “*El uso de los espacios exteriores por parte de la mujer en un barrio de remodelación (San Pascual, Madrid)*” en **El uso del espacio en la vida cotidiana**. Actas de las cuartas jornadas de investigación interdisciplinaria, Universidad Autónoma, Madrid, 1986, pp.107-116.

²⁸ A. Gravano; **Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana**. Bs. As., Espacio. 2003.

²⁹ L. Gutierrez/ L. A. Romero: **Sociedades barriales y bibliotecas populares en Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra**. Editorial Sudamericana. , Buenos Aires, 1995

³⁰ T. del Valle, **op. cit.**

³¹ J. Scobie; **Buenos Aires, del centro a los barrios. 1870-1910**. Bs. As., Solar, 1977.

Estas sagas también se vinculan con el espacio a partir de las *formas* en que *andan* y *desandan* por la ciudad. El *movimiento* supone percepciones diferenciadas del espacio urbano, influidas por las posiciones que los sujetos ocupan en él.

- **Retóricas andantes**

“Pidió al conductor que bajara el volumen de la radio mientras se acomodaba en el asiento trasero, mirando sin ver el tráfico a su alrededor. Le complacía la paz conseguida cada vez que cerraba la portezuela de un taxi. Era lo más parecido a una tregua con el mundo exterior: todo en suspenso, al otro lado de la ventanilla, durante el trayecto. Apoyó la cabeza en el respaldo, encantado con la perspectiva”

Arturo Pérez Reverte. **El Club Dumas**. México, Alfaguara, 1993, p. 58.

El tranvía fue para Bianca el medio para abstraerse de un paisaje inhóspito. En aquellos veranos de su juventud, en los que su familia se mudaba *al campo*, ella tomaba el tranvía para llegar a su lugar de trabajo en el piso de deportes. Las inevitables mudanzas del verano le machacaban cada vez su origen entre trabajadores inmigrantes, lejos del lujo de la calle Colón, de las enormes ventanas de roble macizo que daban al jardín francés de *su* casa de invierno. Ella tomaba el tranvía incluso cuando, por los cruces de líneas en la Terminal, tardaba el mismo tiempo que caminando, cuando no más. Tregua con el barrio despreciado, puente entre su casa y *la ciudad*³²,

Desde la mirada de quienes la recorren diariamente, de sus viajeros, la ciudad está conformada por itinerarios diversos, difíciles de reconciliar en una postal totalizadora. El trabajo de Néstor García Canclini sobre la ciudad de México ya nos hablaba de las tensiones que ellas suscitan, de las diferentes imágenes que la representan y de los obstáculos para consensuar una, incluso al interior de grupos relativamente homogéneos³³. Viajeros caminantes, viajeros de autobús, las miradas varían de acuerdo a la velocidad del transporte, a la capacidad de elegir el recorrido o los acompañantes. Viajeros emperifollados paseando a bordo de pintorescos mateos en las tardes de la Mar del Plata de elite, como José en su infancia dorada. Viajeros de automóvil, imbuidos de prestigio y seguridad.

Para Victoria, el auto posee un significado similar al del tranvía para su abuela. Si le ha permitido ampliar su recorrido en el espacio, sólo ha sido para incorporar puntos aislados, cuya conexión dibuja el contorno de una figura que permanece vacía en el interior. Sorprende que del recorrido de su casa a los bares de Alem, tantas veces transitado a pie en la adolescencia, tampoco tenga registro. El auto le ha otorgado, además, cierta libertad para moverse en un medio que con los años se ha vuelto *peligroso*³⁴. La ciudad *caminable* para Victoria es de escuetas dimensiones: Alem, Los Troncos, Güemes, la costa. Y aún, sus recorridos por estos lugares no poseen nada que valga la pena recordar. Como el personaje de la ciudad de cristal de Paul Auster³⁵ que busca

³² Tomamos la idea del tren como tregua con el espacio exterior de M. De Certau, **op. cit.**

³³ N. García Canclini, **La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos**. México: 1940-2000, México, Grijalbo, UAM, 1996.

³⁴ En el relato de Victoria la ciudad deviene peligrosa a medida que ella crece. Sin embargo, no es posible distinguir si esto es fruto de un cambio en su perspectiva o en la ciudad misma.

³⁵ “El mundo estaba fuera de él, a su alrededor, delante de él, y la velocidad a la que caminaba le hacía imposible fijar su atención en ninguna cosa por mucho tiempo. El movimiento era lo esencial, el acto de poner un pie delante de otro y permitirse seguir el ritmo de su propio cuerpo. Mientras vagase sin propósito, todos los lugares se volvían iguales y daba igual dónde estuviese. En sus mejores paseos conseguía sentir que no estaba en ningún sitio. Y esto, en última instancia, era lo único que pedía a las cosas; no estar en ningún sitio.” P. Auster; **Ciudad de cristal**. Barcelona, Anagrama.

perderse en *no lugares*³⁶. M. De Certeau señala que en los relatos del espacio, la sinécdoque es un recurso retórico común: tropo que consiste en alterar de algún modo el significado de las palabras para designar el todo con alguna de sus partes o viceversa. En distintas ocasiones, Adrián Gorelik y Graciela Silvestri nos han mostrado la asiduidad con la que esta operación se repite en la ensayística argentina en la que se lee la identidad nacional en el territorio³⁷. Pero en el discurso de Victoria los puntos que marca no responden a esta figura. Quizás porque no tiene una imagen totalizadora a la que referir las partes.

Jerónimo tampoco es un gran caminante de la ciudad: su casa es bastante lejos del centro. Andar solo en colectivo fue el signo de su independencia precoz (propia de su masculinidad), verificada en las aún más tempranas *conquistas* de su barrio montado en su bicicleta. Aviones, trenes, barcos, motos, helicópteros: los objetos de su obsesión, disparadores de relatos épicos. Quizás su vocación por la aeronáutica y su idealización de las fuerzas armadas provengan del registro heroico que tiñe su relato³⁸. También las vivencias de José en los artefactos del transporte son contadas como aventuras. Prefería los tranvías abiertos a los cerrados, porque podía subirse por cualquier lado, pero especialmente porque desde ellos se podía “ver todo”, ser parte del devenir de la ciudad. José en su adolescencia, por su trabajo como cartero, hizo kilómetros en bicicleta. Esta práctica parece haber tenido una gran difusión en la época entre los trabajadores y los jóvenes. A partir de ella obtuvo un conocimiento detallado de algunos de los secretos de la ciudad (como el burdel de Chile y Belgrano) que le fueron de suma utilidad en su práctica profesional posterior: como fotógrafo documentador de la historia de Mar del Plata³⁹.

Abuelo y nieto comparten algo más que el espíritu osado. Ambos han abarcado la ciudad con una sola mirada, desde la altura alcanzada por aviones y helicópteros, a los que llegaron por su práctica profesional (pública y masculina)⁴⁰. La perspectiva lograda desde los cielos, nos recuerda De Certeau, tiene resonancias míticas⁴¹: Ícaro, ignorando las astucias de Dédalo, alzándose por encima de su laberinto, puede ordenar el mundo que tiene debajo de sí y leerlo. Pero conviene que establezcamos una importante distinción entre las imágenes de la ciudad construidas por José y Jerónimo. José repite un relato que a través del tiempo se ha vuelto rígido; que explica las transformaciones de la ciudad en su conjunto; que ha sido elaborado para ser contado a turistas, como parte de su profesión; y que Jerónimo ha heredado como parte de la memoria familiar, que es

³⁶ El concepto de no lugar es tomado de Marc Augé, que los define como espacios no significativos, de paso. Ejemplos emblemáticos son el de las estaciones de servicio y el de los aeropuertos. Citado por R. Robin; **Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo**. Bs. As., Universidad Nacional de Buenos Aires, 1999.

³⁷ Un ejemplo característico es el de Ezequiel Martínez Estrada que lee la ciudad de Buenos Aires no como una región del país sino como la más alta expresión de su territorio y, por lo tanto de su historia. Ver A. Gorelik, **Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana.**, Bs. As., Siglo XXI, 2004. Por otra parte, Graciela Silvestre analiza una selección de postales que Victoria Ocampo publicara en la revista Sur en la década del '30 que tenían como función representar la identidad de la Nación. Ver G. Silvestre, “Postales argentinas”, en: C. Altamirano (ed.), **La Argentina en el siglo XX**, Bs. As., Ariel/ UNQ, 1999.

³⁸ Utilizamos el término *valor biográfico* de Leonor Arfuch para conceptualizar ese registro heroico que señalamos en el relato de Jerónimo. L. Arfuch; **El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea**. Bs. As. Fondo de Cultura Económica, 2000.

³⁹ Resulta significativo que Bianca, siendo de su misma generación, nunca aprendiera a andar en bicicleta. Ella misma se asombra, pasados los años y tanta agua bajo el puente, de aquella vez en que la eligieron como modelo para una revista del piso de deportes, en la que finalmente se rehusó a salir por no subirse a una bicicleta en pantalones cortos.

⁴⁰ Jerónimo concurre desde pequeño con asiduidad a la base aérea y ha decidido enrolarse en la Fuerza Aérea para estudiar la carrera de piloto de avión. José, por su parte, ha sido uno de los primeros en tomar fotografías aéreas de Mar del Plata, desde un helicóptero.

⁴¹ M. De Certeau; **op. cit.** p.104.

apropiada en su repetición *in toto*. La imagen de la ciudad de Jerónimo no es un medio para su comprensión, sino otro de los elementos de la herencia de su abuelo.

De nuestra otra saga familiar, es Silvia quien resume la ciudad en una única mirada, esta vez desde la perspectiva del conocimiento (también aquí es la práctica profesional la que permite alcanzar la distancia necesaria), gracias a la cual inserta sus vivencias en una historia más general, científica. El círculo se cierra, puesto que la altura de la que nos hablaba De Certau, era metáfora de una ciencia que pretende formular un discurso totalizador (una imagen omnicomprendiva de la ciudad).

Debemos insistir en la importancia de los destinatarios del discurso de nuestros entrevistados. Chirstian Gunderman mostraba, a través del film *Buenos Aires Viceversa* de Alejandro Agresti, la necesidad de adecuar las visiones de la ciudad al público al que se apela, para evitar el repudio, la impugnación e incluso la negación de lo narrado⁴². El discurso de José, con un destinatario primero en los turistas, asumió una tonalidad distinta en nuestras entrevistas. Las intervenciones de su mujer, en las que la aversión por los signos propios de la Mar del Plata de masas se mostraban en su plenitud⁴³, constituyeron la marca más reveladora de este cambio⁴⁴. La re-elaboración del relato de Silvia es, en cambio, menor: el lugar de enunciación sigue siendo el de la cientificidad que la protege del “descenso” a la cotidianeidad, que en el conjunto de la memoria de esta saga familiar es rescatado con dificultad, como si no fuera considerado digno de ser contado.

- **El centro (ex)céntrico**

“La gente hoy pertenece más a los barrios urbanos (y a los “barrios audiovisuales”) que en los años ’20, donde la salida al “centro” prometía un horizonte de deseos y peligros, una exploración de un territorio siempre distinto”

B. Sarlo; **Escenas de la vida posmoderna**. Bs. As., Ariel, 1994. p. 14

Hay espacios que caracterizan a las ciudades y le imprimen cierta simbología. Uno de los más emblemáticos quizás sea el *centro* de la ciudad. En el plano del diseño urbanístico, el centro es sede de los edificios que representan a la ciudad, los ambientes de las decisiones políticas y económicas, el espacio de los comercios y de los paseos, el punto de encuentro. En el plano simbólico, *andar* o *habitar* el centro confiere cierto *status* que establece necesariamente una frontera con aquello que no pertenece al centro, que está por fuera, que es la periferia de la ciudad⁴⁵. Frontera entre un ellos y un nosotros, entre un pasado y un presente, un allí y un aquí que dibuja en cualquier caso una fuerte cuestión identitaria entre el sujeto y el lugar del que se apropia.

⁴² C. Gunderman, “‘Filmar como la gente.’ La *imagen-afección* y el resurgimiento del pasado en *Buenos Aires viceversa* (1996) de Alejandro Agresti.” En: A. Amado y N. Domínguez (comp.); **Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones**. Bs. As. Paidós, 2004.

⁴³ La misma aversión es identificable en el relato de la primera generación de nuestra otra saga familiar.

⁴⁴ Sobre el cambio de la Mar del Plata de elite a la de masas y la simbología construida a partir de él, ver E. Pastoriza; **Mar del Plata, la conformación de una ciudad turística de masas**. Mar del Plata, UNMDP, 1993; J. C. Torre y E. Pastoriza; “*Mar del Plata el sueño de los argentinos*” en F. Devoto y M. Madero (comp.); **Historia de la ... op. cit.**; J. C. Torre y E. Pastoriza; “*La democratización del bienestar*” en J. C. Torre (comp.); **Los años peronistas**. Bs. As. Sudamericana, 2002; A. Ballent; “*Mar del Plata: croquis en la arena*” en C. Altamirano (ed.); **op. cit.**

⁴⁵ A. Silva; **Imaginario urbano. Bogotá y Sao Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina**, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1992, p.126.

En la primera generación de nuestras familias, aparecen los lugares de esparcimiento y de disfrute del espacio público, estrechamente relacionados con el centro de la ciudad y más precisamente con la calle San Martín. Cuando vamos avanzando en el tiempo e indagando en los relatos de las generaciones más jóvenes, el centro se “descentra” y salen a la luz otros ámbitos de sociabilidad en zonas que en el pasado constituían la periferia de Mar del Plata. Las fronteras se corren y la ciudad cambia⁴⁶.

El disfrute de esos espacios en la generación más vieja se describe como fuertemente condicionado por la separación entre los géneros. Con el tiempo esa frontera entre los géneros parece desdibujarse, ya no se aprecia una especialización de los espacios públicos se diluye y hay un uso más centrado en la pareja o los amigos que en la familia. Podríamos entonces hablar de una transformación en las costumbres en las que lo familiar deja su paso a lo individual como centro del espacio privado y de las intersecciones que establece con lo público. Sin embargo, en los más jóvenes de nuestras sagas, la familia que está por construirse desde las actuales parejas, forma parte importante del disfrute del espacio público, por ejemplo a través de la práctica de tomar café.

Seguramente podemos decir con P. Ariés, que el café forma parte exclusiva de las arquitecturas de las sociedades modernas, no sólo en el plano de lo urbanístico, sino también como símbolo de una sociabilidad que se expone y que parece ser privilegio de los hombres. En este sentido, A. Prost afirma que ese espacio es por excelencia el de la “palabra masculina”⁴⁷, en la transición entre lo público y lo privado, entre el trabajo y el hogar. Esto nos llevaría a pensar en una tajante separación y especialización de los espacios en función de los géneros y sin embargo, las fronteras encuentran espacios de transición e interferencia.

En los relatos y las memorias de la Mar del Plata posterior a la *belle époque* de Bianca, José y Ana, el café es analizado desde la experiencia de la *Confitería Jockey Club*. En torno a este polo de encuentros y sociabilidad las miradas son ambiguas. Ana la recuerda desde una perspectiva externa porque nunca conoció personalmente el lugar, tal vez presionada por las miradas familiares, que lo veían como un espacio de exhibición de las muchachas. La “exposición” de la mujer en público refleja confusión en el relato de Ana, mientras que José rememora feliz la historia de cuatro amigos que compraron la mesa en que se sentaban a diario en la *Jockey* cuando ésta cerró y se remataron sus muebles⁴⁸.

Bianca vivió la *Jockey* desde adentro, la conoció mientras disfrutaba del espacio público al cual parecía acceder a través del trabajo y su condición de soltera. Bianca se aleja del modelo: trabaja y toma con sus amigas su religioso café diario en una de las más promocionadas confiterías de la ciudad. Bianca se expone. Luego, con el casamiento y los hijos, sus ocupaciones pasaron a ser otras y el espacio externo al hogar se recorre desde la posición de ama de casa y madre, como una extensión de ese mundo interior que es la casa. Vivir en la zona de Güemes era vivir en el campo y entonces la periferia aparece como un lugar físico alejado del centro de la ciudad y como un lugar simbólico que representa las relegadas funciones a las que está atada la mujer casada. El barrio

⁴⁶ Adrián Gorelik sostiene, en este sentido, que ya en Sarmiento pueden verse dos modelos de desarrollo urbano e institucional: “(...) uno europeo, en el que la ciudad se renueva sobre sí misma, y uno anglosajón, en que la ciudad se renueva como las culebras, dejando el pellejo viejo en el lugar y yéndose a otra parte”, en A. Gorelik; **Miradas obre Buenos Aires. Historia ... op. cit.** Si durante gran parte de su historia Mar del Plata ha “olvidado su pasado”, imprimiendo sobre sus huellas las marcas modernizadoras, en esta última etapa, el modelo de desarrollo parece haber cambiado. San Martín puede ser fácilmente identificada con el pellejo de la culebra.

⁴⁷ A. Prost; **op. cit.**, p. 103

reemplaza al centro. Bianca se acerca al modelo: anda lo público desde lo privado⁴⁹. Bianca redefine su exposición.

Silvia relata el centro ya no desde una mirada ambigua, porque para ella no hay restricciones en cuanto a seguridad o impedimentos paternos a la hora de salir. El centro era en la juventud de Silvia, el punto neurálgico del consumo en tradicionales negocios, de charlas en reconocidas confiterías. Un espacio que cambia claramente en los años 60' y 70', y quizás más abruptamente en los 90', cuando comienzan a desaparecer sus tiendas tradicionales, sus habituales cafés... Comienza aquí a verse una transformación clara en cuanto a este ámbito de sociabilidad, que en la mirada de Silvia es una pérdida fuerte de una identidad muy arraigada bajo los embates de los desastres económicos que obligaron al cierre de comercios típicos. Para su madre, en cambio, el cambio fundamental en la ciudad lo produjo el Peronismo, cuando las playas se llenaron de *tomadores de mate con sombrillas*.

En el final de las sagas, Victoria y Jerónimo hablan del centro como un lugar que se ha quedado en el tiempo, oponiéndolo a la mayor evolución que tuvo en los últimos años, la calle Güemes. Así Victoria ubica a ese sector en la categoría C de los espacios urbanos para disfrutar. Particular clasificación la de Victoria: los mejores espacios, los que ella elige, los que ella practica a diario, están en la zona A de la ciudad. Güemes le usurpa el podio a San Martín: allí Victoria es amiga o novia en sus salidas nocturnas, es abogada en la cotidianeidad del su estudio, es futura esposa en la casa que espera comprar cuando se case. Múltiples papeles se interpretan en este escenario. Güemes es *el* lugar de Victoria, allí *tiene* su lugar, ese es el *centro* de sus aspiraciones.

Jerónimo también prefiere Güemes para caminarla, aprecia su evolución en contraste con la usurpación del espacio que hicieron los sectores más bajos (los negros) de la Peatonal San Martín y que la relegaron. En San Martín se corrió la frontera, se convirtió en un espacio de lucha: el *margen* pasó a ocupar el *centro*⁵⁰.

A pesar de las nuevas significaciones que los más jóvenes dan a sus espacios de ocio, en las representaciones que construyen es fundamental la tradición familiar. Victoria prefiere Güemes porque *lo conoce de niña y lo ha visto cambiar*. Jerónimo tiene como punto de encuentro con su novia un bar que también sus padres, grandes tomadores de cafés callejeros, frecuentaban: "*cuestión de herencia*" dice Marcela.

Los relatos construyen estos particulares tramos de lo urbano a partir de lo cotidiano, lo externo a partir de las aspiraciones interiores, lo *otro* a partir de lo *propio*. Y así hablan de fronteras y márgenes, pasan de un lado a otro, se desplazan y se reubican en otros lugares que van a transformar en sus propios espacios. Mar del Plata entonces deja de ser *una* ciudad y se convierte en *múltiple*⁵¹, recreada en los pasos de aquellos que la practican: los que *dicen* y *andan* Mar del Plata.

- **El tiempo del mar**

⁴⁸ Es interesante remarcar que más allá de las ambigüedades expresadas en nuestros relatos, la Confitería Jockey Club se promocionaba en los años 30 como "Salón para familias". Véase por ejemplo: **Mar del Plata. Anuario 1931**. Año I.

⁴⁹ Prost afirma que hay espacios de palabra femeninos que dibujan una extensión de lo privado en lo público. Los comercios del barrio frecuentados por las amas de casa y las relaciones entabladas con los comerciantes, se exponen como espacios de transición entre las dos esferas. A. Prost; **op. cit.**; p. 102.

⁵⁰ A. Silva; **op. cit.**; p.127

⁵¹ M. De Certau; **op. cit.**; cap. VII: *Andares de la ciudad*, pp. 105-106.

Cuando pensamos en Mar del Plata, ineludiblemente evocamos una imagen que destella fugaz por nuestras mentes: *la playa*. En efecto, la playa representa la inefable postal marplatense⁵². Esta idea, que tanta fuerza reviste en el imaginario social, posee unos orígenes que se han ido perdiendo en el tiempo, en pos de la instalación de la imagen de “la ciudad feliz”⁵³.

La playa representa, entre otras cosas, el ansiado encuentro con la naturaleza⁵⁴; es ese carácter de monumentalidad en tanto que paisaje natural el que lleva a pensarla como uno de los pocos lugares que no deben su existencia a la mano del hombre. En este sentido, la playa puede ser interpretada en tanto que objeto “neutral” del espacio, previo al hombre y que determina por ende el carácter de la ciudad (“*el mar, el siempre mar, ya estaba y era*”, decía Borges en un recordado poema)⁵⁵. No obstante son los sujetos quienes, en sus andares, otorgan significado al espacio, cargándolo de símbolos.

A Bianca nunca le gustó *ir a la playa*, en sus recuerdos de la infancia no es un lugar frecuentado. Sólo la visitaba a la salida de su trabajo en la Pileta Cubierta, tomaba sol durante un ratito y se marchaba. La ciudad le debe su nombre al mar, pero este no constituye un “lugar obligado”. “*La manera de apreciar el mar, la mirada sobre las poblaciones que frecuentan sus riberas no es sólo resultado del hábito, nivel de cultura y sensibilidad propios del individuo. La manera de estar juntos, la convivencia entre turistas, los signos de reconocimiento, los procedimientos de distinción condicionan también las modalidades del disfrute del lugar.*”⁵⁶

La imagen de la Mar del Plata balnearia fue producto deliberado de la élite porteña finisecular que, siguiendo las tendencias europeas de *inventar* playas, deja de pensar en el mar como un elemento hostil⁵⁷. La playa se convierte, a partir de ese momento, en el destino soñado de *todo veraneante*⁵⁸. Pero Mar del Plata como lugar de vacaciones era un destino selectivo. No obstante, a la playa “iban todos”, sólo que no iban en el mismo momento. En los tiempos de la *belle époque* a la playa *se iba de mañana*. José, su hermana y sus papás, a las diez de la mañana

⁵² M. Bartolucci; “*La foto en ‘la Bristol’. Sociabilidad, circulación y consumo en la década de los setenta en Mar del Plata*” en G. Zuppa (ed.); **Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. 1870-1970**. Mar del Plata. UNMDP, 2004.

⁵³ Un clásico cuestionamiento a esta idea de la ciudad feliz se encuentra en J. J. Sebrel; **Mar del Plata, el ocio represivo**. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

⁵⁴ P. George traza un cuadro opresivo de lo que él denomina necesidad de *evasión* de la ciudad, escapar de la atmósfera ciudadana, de la piedra y el cemento, hacia los espacios verdes de la ciudad, los cuales son un privilegio, pues en la mayoría de los casos, el tener hacia donde evadirse por unos momentos constituye una excepción. P. George; **Geografía Urbana**. Barcelona, Ariel, 1982. capítulo III: “*Aspectos de la vida social urbana*”.

⁵⁵ En este sentido, según la clasificación de M.J. Bertrand, la playa constituiría un “espacio de uso”, dado que los mismos son aquellos componentes el paisaje “real” (entre comillas por el autor), denominado a veces “objetivos”, que incluyen tanto los *elementos físicos*, visibles (“los árboles, el sol, las construcciones”) como los elementos inducidos (“mecanismos de organización, de funcionamiento”). M. J. Bertrand; **La ciudad cotidiana**. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1981. Capítulo I: “*Espacio urbano, espacio humano*”, p. 21.

⁵⁶ A. Corbin; “*La invención de la playa*” en **El territorio del vacío**. Madrid. Mondadori. 1993. p. 335.

⁵⁷ En el imaginario europeo de mediados del siglo XVIII y principios del XIX, la idea de la playa como lugar de recreación era impensable, pues imperaban las imágenes de desolación y peligro inspiradas tanto por la literatura y pintura románticas como por los relatos de naufragios. Su aceptación se dio paulatinamente, fundamentalmente ligada a las virtudes terapéuticas del mar. E. Pastoriza y J.C. Torre: “*Mar del Plata, un sueño de ...*” **op. cit.**

⁵⁸ Sobre los hábitos de la élite porteña y las prácticas de sociabilidad ver: G. Zuppa; “*Prácticas de sociabilidad en la construcción de la villa balnearia. Mar del Plata y el acceso al siglo XX*” en G. Zuppa (ed.); **op. cit.**

llegaban a la Bristol *todos emperifollados*, bajaban a la arena, entraban en la cabina, se ponían sus trajes de baño de lana y entraban al mar. Ellos sabían nadar, su madre era “de avanzada”, no temía a las olas y pudo hacer de sus hijos unos eximios nadadores, por eso no se tomaban de la soga que servía de sostén a los temerosos bañistas. En la orilla, las señoras con vestido, capelina y sombrilla junto a los señores que lucían trajes de calle, observaban el espectáculo. A la una de la tarde, se escuchaba un silbato, era el guardavidas que avisaba la culminación de la hora del baño. Entonces, volvían a su atuendo habitual, después de un vermouth, caminaban por la galería y regresaban a sus casas a tomar una siesta. Luego repetían la rutina de los “Truggs en Ramsgate”: a la noche visitaban el casino donde merodeaban estafadores junto a pequeños patronos y matronas que buscaban un marido para sus jóvenes hijas⁵⁹.

El servicio doméstico en cambio, vivía otra rutina, marcada por el tiempo de su trabajo. A la hora de la siesta, cuando la elite dormía, era el tiempo para ir a la playa. Entonces la “playa de los cirujas” se poblaba de gente. Allí no había pileta ni rambla como en la Bristol, los bañistas vestían sencillo y usaban traje de baño, no importaba que el sol bronceara los cuerpos. Hacia el norte quedaba la playa “La Perla”, con su rambla de madera y su pileta de natación, era el ámbito elegido para el recreo de los marplatenses. Hacia el sur, estaba la playa de los ingleses, donde las casitas de los ferroviarios pintaban al actual Paseo Jesús de Galíndez de una forma muy particular.

Lugar común: ¿la playa como ámbito privilegiado de sociabilidad? Sí, pero de una sociabilidad restringida. No sólo en el aspecto clasista, sino que las restricciones que delinearán sus visitantes son más sutiles y menos automáticas de lo que comúnmente se supone. Para ambas familias la playa es interpretada como lugar de encuentro, de interacción en un sentido *convergente*. La playa y el verano constituyen el momento y lugar privilegiado para el reencuentro *interfamiliar*, residentes con visitantes. José, su mujer y sus hijas recibían todos los veranos a una prima viuda y sus cuatro hijas porteñas; *ir a la playa* formaba parte de una aventura colectiva, se unían a otros parientes y amigos para ir todos juntos al Alfar o la Bristol. José y Ana se conocen a orillas del mar, en el Alfar. Años después, una de sus hijas conocerá a su marido en similares circunstancias, pero ahora el escenario es el de las playas de Punta Mogotes⁶⁰.

En sus relatos, el ritual familiar de frecuentar la playa se mantiene constante, de generación en generación, independientemente de los cambios que sus protagonistas adjudican al peronismo, interpretado éste unánimemente como una ruptura, el *antes* y el *después* marplatense. A partir de él, la ciudad *cambió* en la visión de nuestros sujetos: los espacios son “invadidos”⁶¹ y, a la manera del juego de ajedrez, las playas van cambiando de significado a partir de los movimientos que los sujetos realizan en el espacio⁶². De esta manera, la playa Bristol que conoció su apogeo como

⁵⁹ A. Corbin; **op. cit.**

⁶⁰ G. Zuppa; “*El humor nacional en Mar del Plata*” en G. Zuppa; **op. cit.**

⁶¹ En este sentido, los entrevistados matizan aquella imagen, ampliamente extendida, de una ciudad y una sociedad a tono con el avance de las clases medias y los sectores populares en todo el país, como una de las facetas de democratización. Este proceso, de una Mar del Plata ofrecida como derecho y promesa igualitaria, tiene su punto culmine con el peronismo. Cfr: A. Ballent; “*Mar del Plata: croquis en la arena*”, **op.cit.**; M. E. Leiva; **La conquista de la Playa Bristol: Mar del Plata (1936-2001)**. Mar del Plata, UNMDP- Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño- Centro de Estudios Históricos, Arquitectónicos, Urbanos, 2002; E. Pastoriza y J. C. Torre; “*Mar del Plata, un sueño de los argentinos*”, **op. cit.**

⁶² Para M. J. Bertrand, los desplazamientos de los lugares de residencia en la ciudad manifiestan las transformaciones del estatus y de las imágenes sociales de los grupos humanos, y el contenido simbólico de los lugares evoluciona simultáneamente para quienes los habitan y para quienes los frecuentan. Si bien no coincidimos con su postura determinista-extrema según la cual la “*frecuentación de la ciudad está siempre basada en las necesidades concretas que determinan una selección programática de lugares*”, aceptamos

reducto de la élite turística con la construcción de la –vieja- Rambla comienza a poblarse con los beneficiarios del turismo social. Eso es lo que observa Bianca en el piso de deportes, donde empieza a concurrir gente muy diferente de aquella que lo frecuentaba en los tiempos de su inauguración. A partir de ese momento su prestigio comienza a decaer. Su hija Silvia, que de niña detestaba la sociabilidad “ficticia” y obligada practicada en la playa, admite que hoy ya no concurre allí. Aún más, tanto ella como su familia “huyen” de la Playa Bristol y de Mar del Plata, *su playa* queda en Santa Clara. Victoria continúa esta tradición, cuando era niña viajaba a Mar de Cobo; hoy con sus amigos elige Playa Grande, un espacio claramente de “clase A”. Marcela, en cambio, atesora en su memoria los veranos infantiles en la Bristol donde disfrutaba de los beneficios de la carpa y la cabina que alquilaba la amiga de su papá, de los jugos y el sándwich que degustaba en la Rambla antes de emprender el regreso a la ciudad. Sin embargo, ella y su familia también abandonaron este espacio, *su playa* pasó a ser Punta Mogotes; hace veinte años que alquilan una carpa en el mismo balneario. Conocen a todos los vecinos del pasillo, son sus amigos, comparten asados en las instalaciones del balneario, Jerónimo y su hermana crecieron allí.

Por otro lado, tanto Jerónimo como Victoria, jóvenes en la Mar del Plata de hoy, eligen sin demasiada precisión “la costa”, “caminar por la costa” como lugar-situación favorito de la ciudad. Se trata de un lugar-actividad al que cabría cuestionar en el sentido de cuánto tiempo real dedican. Sobre todo si se tiene en cuenta que Victoria privilegia la posibilidad de movilizarse en su auto y que las vivencias más nítidas, más valoradas por Jerónimo se relacionan en mayor o menor medida con la Base Aérea, en la que transcurre la mayor parte de su tiempo libre. Y es que aquella preferencia denota la potencia de la clásica imagen de la postal costera con la que se identifica automáticamente a Mar del Plata en el imaginario social. Además, esta imagen no constituye una falsa cara de la moneda, sino que representa sólo eso, uno de sus lados: la Mar del Plata vista con ojos de veraneante. El reverso son las miradas de sus habitantes permanentes. Miradas diferentes, contrastantes y, a veces, convergentes. *“Ante todo, debemos pensar en la ciudad a la vez como lugar para habitar y ser imaginado. (...) la ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas”...*⁶³

⑥

Para seguir andando las topografías de la memoria

Retomando la intención inicial hemos escogido como punto de llegada de este trabajo otro vistazo literario al mundo urbano. Seguimos con Ítalo Calvino: (de Marco Polo al Emperador Kublai Kan) *“(...) A veces me basta un retazo que se abre justo en medio de un paisaje incongruente, unas luces que afloran en la niebla, el diálogo de dos transeúntes que se encuentran en pleno trajín, para pensar que a partir de ahí juntaré pedazo por pedazo la ciudad perfecta, hecha de fragmentos mezclados con el resto, de instantes separados por intervalos, de señales que uno envía y no sabe quién las recibe. Si te digo que la ciudad a la cual tiende mi viaje es discontinua en el espacio y en el tiempo, a veces rala, a veces densa, no creas que hay que dejar de buscarla. Quizás mientras nosotros hablamos está asomando, esparcida dentro de los confines de tu imperio; puedes rastrearla pero de la manera que te he dicho.”*⁶⁴

que uno de estos criterios de selección de lugares se da partir de “la correspondencia de los lugares con una imagen social”. **op. cit.** p.194.

⁶³ N. García Canclini; *“Viajes e imaginarios urbanos”* en **Imaginarios Urbanos**. Buenos Aires, Eudeba, 1999, p.107

⁶⁴ Í. Calvino; **op. cit.** p. 170.

¿Se puede *decir* la ciudad fuera de los modos en que se la ve, se la siente, se la padece? ¿Qué es la ciudad sin la gente que la habita y recrea cada día? Son estas topografías de la memoria las que reinventan la ciudad, las ciudades. Asirla en una única mirada supone lograr la distancia necesaria para alcanzar la perspectiva del Ojo solar, la mirada de dios, la ilusión del conocimiento. Hemos apelado al espacio vivido, compuesto de retazos, relatado en recorridos que no pueden recogerse en un mapa. Un espacio narrado que se vive y se recuerda en signos y símbolos, en metáforas y sinécdoques, que revelan algunas de las múltiples significaciones que lo constituyen. Cargado también de deseos, de imágenes de lo que es, lo que ha sido y lo que será, en el tiempo hojaldrado⁶⁵ que compone el palimpsesto.

La densa trama de ese mundo urbano está tejida aquí de recuerdos familiares. Concebimos a la familia a la manera de un *campo* en los términos bourdieus⁶⁶. Cada uno de sus miembros posee una versión diferente acerca de la memoria familiar que lucha por imponerse como *la* legítima. Y, sin embargo, lo descrito por cada sujeto parece conservar algunas marcas, propias de cada una de nuestras sagas: la ajenidad respecto de la ciudad en aquella que se inicia con el relato de Bianca; la colonización de lo urbano, en la que comienza con el de José.

También hay señas que distinguen a las generaciones. La dicotomía público-masculino/privado-femenino más clara en los relatos de Bianca y José, tiende a desdibujarse -aunque no a diluirse-, en los de Marcela y Silvia. Victoria y Jerónimo, los más jóvenes, parecen tener una apropiación más débil del espacio urbano. Victoria sólo transita por lugares *familiares*, y sólo puede imaginar su futuro en ellos. La ciudad (y la ciudadanía) aparece en su discurso, pero únicamente en tanto ha sido absorbida por la esfera de lo privado. Los ámbitos de sociabilidad de Jerónimo y su discurso sobre la ciudad han sido heredados como un todo indisociado, que repite casi mecánicamente. En el relato de ambos, no obstante, persisten gestos de las generaciones anteriores: por ejemplo, el repudio a los signos de la Mar del Plata de masas, actualizado en la dicotomía Güemes-San Martín.

Volvemos a aquella polémica tesis de Ariès destinada a explicar la tan trajinada crisis de la familia a partir de la crisis de la ciudad. Proponemos una lectura diferente en la que “crisis” se reemplace por “cambio” y en la que se abandone el vínculo causativo entre los términos de la proposición. En distintos momentos, nuestros sujetos nos han hablado de cambios en sus prácticas urbanas, unas veces como fruto de transformaciones en sus vidas, otras, por cambios ajenos a ellos. La familia y la ciudad, lo público y lo privado, lo individual y lo colectivo no pueden pensarse como entidades autónomas que se interrelacionan, sino que se constituyen mutuamente en el continuo fluir de lo social. De esta manera, el espacio público urbano no resulta un lugar, sino un tener lugar.

Si no había ingenuidad alguna en elegir como punto de llegada de este trabajo una aproximación literaria, tampoco la había en evocar las palabras de un viajero. Viajeros los que recorren diariamente la ciudad, a partir de cuyos relatos hemos reconstruido un mundo urbano complejo. Viajeros, los conceptos que utilizamos para comprenderlos, en constante movimiento entre fronteras lábiles y porosas. Viajero, finalmente, el propio trabajo, entre métodos, registros y estilos de disciplinas distintas, que ganan capacidad explicativa y belleza a medida que se vuelven indisciplinadas.

⁶⁵ La referencia aquí es a H. M. Enzenberger; “*Acerca del hojaldrado cronológico. Meditación sobre el anacronismo*” en su libro **Zigzag**, Barcelona, Anagrama, 1996.

⁶⁶ Para ver el desarrollo del concepto *espíritu de familia*, consultar P. Bourdieu; “*El espíritu de la familia*” en **Razones Prácticas: Sobre la teoría de la acción** Barcelona Anagrama, 1997.